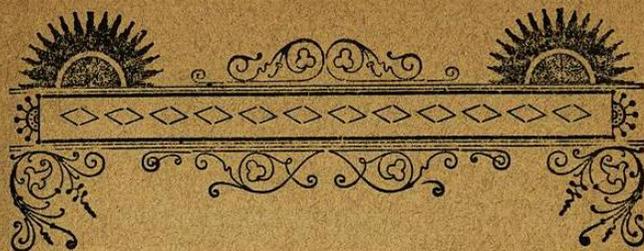


Este Adonis, que á su preciosa figura une una inteligencia clara y superior, disfruta además del privilegio de tener al servicio de sus frases discretas y de sus bromas de un gusto delicado, una voz tan argentina, tan armoniosa, que es difícil escucharla sin sentirse emocionado.

Es verdaderamente perfecto y parece que participa de mis gustos respecto á la posesión de lo mejor, porque sus trages son tan elegantes como ricos, su caballo arrogante y de pura raza, y para que en él todo sea completo, hasta el *groom* que le acompaña y que monta una jaquita admirablemente cortada, representa de catorce á quince años, es rubio, sonrosado, lindo como un serafín, y que estaba tan fatigado del viaje que acababa de hacer, que su dueño se vió obligado á bajarle de la silla y llevarle en sus brazos hasta la habitación que le estaba designada.

Rosita le ha hecho una cariñosa acogida, y me parece que ha pensado servirse de él para despertar mis celos, haciendo renacer así un poco del fuego que duerme bajo las cenizas de mi pasión agotada.

Por peligroso que sea un rival semejante, no me encuentro dispuesto á ser celoso, y de tal modo me siento atraído hácia él, que de buena gana renunciaría á mi amor con tal de conservar su amistad.



V

Al llegar á este punto, si el benévolo lector quiere permitirnoslo, abandonaremos por algún tiempo á sus locos ensueños, el digno personaje que hasta aquí á ocupado el sólo toda la escena hablando por su propia cuenta, para entrar en la fórmula ordinaria de la novela, reservándonos sin embargo, el derecho de adoptar para la continuación, la forma dramática si es necesaria, y también el derecho de proseguir la conferencia epistolar que este ca-

ballero dirigía á su amigo, persuadidos de que por de que por sagaces que nosotros seamos, seguramente debemos saber menos que él mismo.

Hecha esta salvedad, continuaremos bajo la forma indicada.

El pequeño lacayo, como hemos dicho, estaba de tal modo fatigado, que dormía en los brazos de su señor, y su cabecita desgredada se movía á uno y á otro lado como si estuviera muerto.

Como que había alguna distancia desde la verja hasta las habitaciones destinadas para los huéspedes del castillo, el criado que le precedía se ofreció á llevar el niño hasta la estancia.

Pero el jóven, para quien por otra parte aquel peso era ni más ni menos que el de una pluma, le agradeció su ofrecimiento y continuó marchando con su preciosa carga.

Una vez en su habitación, le depositó sobre un canapé con la mayor dulzura y adoptando toda clase de precauciones por no despertarle. Una madre no hubiera hecho más.

Cuando el criado se alejó de la habitación, el caballero se arrodilló delante de él y trato de quitarle las botinas.

Pero aquellos piecesitos hinchados y doloridos, hacían esta operación un poco difícil, y algunos gemidos ó vagos suspiros inarticulados, parecían como que eran signos de que iba á despertar la criatura.

Detúvose entonces el caballero, esperando á que el sueño fuera más fuerte para continuar su operación.

Por fin cedieron las botinas, las medias siguieron detrás, y concluida esta operación, cogió el dueño los dos piés del niño y los colocó sobre el terciopelo del sofá.

Eran los dos piés más adorables del mundo; pequeños, blancos como el márfil y sonrosados por la presión del calzado, que estuvo aprisionándolos por espacio de diez y siete horas, piés demasiado pequeños para una mujer y que no se comprendía como con aquellos piés se podía andar.

Lo que se veía de la pierna, era redondo, admirablemente proporcionado y de la más esquisita delicadeza. En resúmen, era una pierna digna de aquel pié.

El caballero, siempre de rodillas, contemplaba con amorosa atención aquellos piés tan monos, y después se inclinó, cogió el izquierdo y después el derecho, besándolos alternativamente, y de besos en besos abandonó los piés para seguir por las piernas hasta la rodilla.

El *groom* entreabrió los ojos y fijó en su dueño una mirada afectuosa, en la que no se advertía ninguna sorpresa.

—Me aprieta el cinturón. Y se volvió á quedar dormido.

El caballero desabrochó la hebilla, levantó la cabeza del niño apoyándola en un almohadón, le envolvió los piés en sus mismas ropas, y después se sentó junto al lacayito.

Dos horas pasaron así, mirando el joven como dormía el niño y siguiendo tal vez sobre su frente la sombra de sus sueños.

El único rumor que se escuchaba en la habitación, era la respiración tranquila del caballero y el rumor de la péndola del reloj que había en la habitación.

El caballero era hermoso como una mujer, y el groom lindísimo como una tierna doncella.

Aquella cabecita redonda y sonrosada reclinada entre sus mismos cabellos, parecía una fruta en medio de sus hojas; había en ella frescura y juventud, aún cuando la fatiga del camino le había quitado algo de su brillantez natural.

La boca entreabierta del niño, dejaba ver unos dientes pequeños y blancos como el marfil, y en sus sienes sonrosadas y suaves, se destacaba un confuso laberinto de azuladas venas.

Sus pestañas, parecidas á esos hilos de oro que se ven en los misales antiguos y que van desvaneciéndose al rededor de la cabeza de las vírgenes, le llegaban casi hasta las megillas.

Sus cabellos largos y sedosos, tenían á la vez el color del oro y de la plata; oro en la sombra, plata en la luz. Su cuello era al mismo tiempo torneado y suave, y no se advertía en aquella criatura nada del sexo indicado por su traje.

Cierta redondez de formas y algún más desarrollo en sus caderas, parecían formar una especie de contradicción con la apariencia de lacayo que tenía el niño.

El caballero era pálido, pero con esa palidez llena de fuerza y de vida. Sus pupilas nadaban sobre un cristalino encarnado y azul; su nariz recta da-

ba á su perfil una fiereza y un vigor maravillosos; su boca tenía una sonrisa dulcísima en ciertos momentos, pero ordinariamente estaba arqueada en sus extremos como se ven en algunas cabezas de los cuadros de los antiguos maestros italianos, dándole una expresión de adorable desdén.

¿Qué vínculos unían al amo y al criado? Indudablemente no había entre ellos más que la fusión que puede existir entre el dueño y el servidor. Eran dos amigos ó dos hermanos.

Si así lo eran, ¿para qué semejante disfraz?

Cualquiera que hubiese presenciado la escena que acabamos de describir, no habría podido menos de creer que estos dos personajes no eran lo que parecían.

—Como duerme este ángel de Dios;—decía en voz baja el caballero contemplando cariñosamente al niño;—creo que no había hecho nunca un viaje tan largo. Veinte leguas á caballo, él que es tan delicado. Miedo tengo de que no caiga enfermo de fatiga. Pero no, esto no será nada. Mañana se encontrará perfectamente, habrá recobrado sus colores y estará fresco como una rosa después de la lluvia.

Que hermoso es; si no temiera despertarle me lo comería á caricias. Duerme bien, tesoro mío. Estoy verdaderamente celoso de tu madre, porque quisiera que fueses mío. No, no está enfermo,—prosiguió, escuchando atentamente junto á la boca del niño,—su respiración es tranquila.

En este momento llamaron discretamente á la puerta de la estancia; el joven se levantó, escuchó

atentamente, y temeroso de haberse engañado, esperó que llamasen de nuevo.

Otros dos golpes un poco más acentuados, se percibieron, y una voz de mujer dijo:

—Soy yo, Teodoro.

Teodoro abrió, pero con menos velocidad de la que un joven emplea para abrir la puerta á una mujer, cuya voz es tan dulce y que viene misteriosamente á visitar á un hombre.

Franqueada la puerta, dió paso á la amante del perplejo Alberto, á la princesa Rosita en persona, más encantadora que nunca, y más seductora todavía que como Alberto la había conocido.

—Teodoro,—dijo Rosa.

El caballero llevó un dedo hasta sus labios é indicándole el niño que dormía, la hizo pasar á la estancia vecina.

—Teodoro,—replicó la dama que parecía encontrar tan verdadero placer repitiendo aquel nombre y sin soltar la mano que el joven la diera para conducirla al sofá donde estaba sentada.—Al fin ha venido usted. ¿Qué ha hecho todo el tiempo que no nos hemos visto? ¿Dónde ha estado usted? ¡Oh! ¡Sin haberme dado ninguna noticia! Eso no está bien. Siempre debe tenerse alguna consideración, alguna piedad de las personas que nos aman, aun cuando no se las corresponda.

—¿Me pregunta usted qué hice?—repuso el joven.—Ni lo sé siquiera. He ido y he vuelto. He dormido y he velado. He cantado, he reído, he sufrido hambre y sed; me he abrasado de calor y he tirta-

do de frío; me he aburrido, y después de todo eso, me encuentro con algún dinero menos y algunos meses más. Esto es todo. ¿Y usted, qué ha hecho?

—Amarle siempre,—respondió Rosa sin vacilar.

—¿No ha hecho usted nada más?

—He empleado mal mi tiempo. ¿No es verdad?

—Podiera usted haberle empleado mejor, querida Rosa. Podiera usted haber amado á un hombre que estuviese en aptitud de corresponderla.

—Soy desinteresada en amor, como en todo. Yo no doy mi amor como préstamo para cobrar réditos. Es un don el que hago.

—Tiene usted una virtud muy extraña y que no puede nacer sino de un alma como la suya. Yo hubiera querido poderla amar como usted deseaba, pero entre nosotros existe un obstáculo insuperable que no me está permitido pederle manifestar. Esta es la verdad, por doloroso que sea tenerla que repetir. Hablemos de otra cosa. Desde que no nos hemos visto, ¿ha tenido usted algún amante?

—Uno, que le tengo todavía.

—¿Qué clase de persona es?

—Un poeta.

—¡Diablo! ¿Qué poeta es ese? ¿Qué ha hecho?

—No lo sé. Una especie de volumen que nadie conoce y que una noche quise leer sin haberlo podido conseguir.

—De modo que tiene usted por amante un poeta inédito. He ahí una cosa que debe ser curiosa. Vestirá descuidadamente, irá siempre sucio y con las manos llenas de tinta, y...

—No por cierto. Es elegante y muy limpio. Le conocí en casa de la señora de Themines, ya sabe usted quien es.

—¿Y puede saberse el nombre de ese glorioso personaje?

—Sí por cierto. Es Alberto D....

—¡Alberto D.! ¿Es acaso un joven que estaba en el balcón cuando he llegado?

—El mismo.

—Es guapo. ¿Y no ha conseguido que me olvide usted?

—No. Desgraciadamente, es usted de aquellos á quienes no se puede olvidar.

—La querrá mucho, sin duda.

—No lo sé.

—¿De veras?

—Hay momentos en que se creería que me quiere con delirio, pero en el fondo no me ama. Quizás no está muy lejos de odiarme porque me quiere todo cuanto él puede querer. Le ha sucedido como á otros muchos más experimentados que él. Ha tomado el deseo por la pasión y se ha encontrado sorprendido y desilusionado cuando ese deseo se ha satisfecho. Es un error creer que pueda subsistir siempre esa clase de cariño que tiene por base una cosa tan efímera como el deseo material.

—¿Y qué piensa usted hacer con ese amante que no la quiere?

—Lo que se hace con las modas del año anterior. Olvidarlas. No tiene valor suficiente para abandonarme, y aun cuando en el verdadero sentido de la

palabra, no me ama, tiene ya, respecto á mí, la costumbre del placer y esta clase de vínculos son muy difíciles de romper. Si no le ayudo, es muy capaz de aburrirse concienzudamente conmigo hasta el día del juicio ó tal vez más allá, porque en él se encuentra el germen de todas las nobles cualidades y las flores de su alma no piden para desarrollarse más que el sol de un amor eterno. Por desgracia yo no he sido para él sino un rayo de ese mismo sol. De todos los amantes que he tenido y á los cuales no he amado, éste ha sido á quien he querido más, y si no fuera tan buena como soy, no le dejaría en libertad y le conservaría siempre. Pero esto no lo haré y desde este instante empezaré á preparar el rompimiento.

—¿Cuánto tiempo tardará?

—Quince días ó tres semanas, pero de fijo que será más pronto que si no hubiese usted llegado. Sé perfectamente que jamás seré vuestra amante, por una causa desconocida y que no pretendo saber, puesto que dice que no puede revelarmela; así que toda esperanza por ese lado me está prohibido concebirla; mas á pesar de esto, yo no puedo resolverme á ser amante de otro estando usted aquí. Creería que esto era una profanación de mi amor por más que no pueda ser correspondido.

—¿Quiere usted complacerme?—dijo Teodoro después de un momento.

—Eso no se pregunta. ¿Qué debo hacer?]

—Conservar ese amante siquiera por el amor que me tiene usted,

Rosa miró sorprendida á su interlocutor.

—Si usted lo quiere,—dijo,—lo haré así. ¡Ah!— prosiguió la joven con un acento lleno de amargura.—Si usted hubiera podido ser mío, ¡cuán diferente hubiera sido mi vida! El mundo tiene una falsa idea de mí y yo habría pasado por él sin que nadie dudara de lo que era, escepto usted, el único que me ha comprendido y que con tanta crueldad me ha tratado. No he querido á ningún hombre sino á usted y no he podido conseguirle. Si usted me hubiese amado, habría sido virtuosa y casta y digna del hombre de mi amor. Pero en vez de esto, dejaré, si es que alguien se acuerda de mí, la reputación de una mujer galante, de una especie de cortesana que no se diferencia de otras del montón sino en el rango y en la fortuna. He nacido con las más elevadas inclinaciones, pero nada deprava tanto como no ser amada. Muchos me desprecian por que ignoran lo que he sufrido para llegar á lo que soy. Con la seguridad de que nunca pertenecería al que yo prefería entre todos, me he dejado arrastrar por la corriente y no hice nada para defender mi cuerpo que no podía ser de usted. En cuanto á mi corazón ha sido distinto; ese nadie le poseerá, sigue perteneciéndole aun cuando usted le haya destrozado. Muchos me han censurado mi proceder y han tenido valor para arrojarme al rostro mi libertinaje. ¡Qué ignorante es el mundo! Si usted supiera lo doloroso que es sentir que falta algo en nuestra vida, que se ha pasado por el lado de la dicha sin poderla detener, y que todos se ocupan de

una para despreciarla, escarnecerla, desconociéndola en absoluto, estoy segura que me compadecería. No hay nada más horrible que encontrar abiertas de par en par las puertas para nuestros vicios y herméticamente cerradas las de nuestras virtudes. Eso no lo puede usted conocer, sin duda, ni lo conocerá jamás.

—Desengáñese usted, Rosa; lo que está usted diciendo,—repuso Teodoro,—es la historia de todo el mundo. Lo mejor que existe en nosotros es aquello que nadie comprende, que nadie ve. Así son los poetas. Su mejor poema es el que no han sabido escribir.

—Yo me llevaré al otro mundo el mío.

—Lo mismo que yo. Quien no ha hecho alguno en su vida. Quien ha sido el verdaderamente dichoso ó inmensamente desgraciado para no haber compesto el suyo en su corazón ó en su cabeza.

—Puedo asegurar á usted que sin que esto sea presunción, podría cubrirse mi tumba de rosas blancas. He tenido diez amantes, pero sin embargo, soy virgen y virgen moriré.

—¡Cuántas hay sobre cuyas tumbas se colocan coronas de azahar y que sin embargo no son más que verdaderas mesalinas!

—Yo sé lo que usted vale.

—Como que usted solo en el mundo ha sido quien ha visto lo que soy, porque usted me ha visto bajo la impresión de un amor mucho más grande y verdadero puesto que era sin esperanzas, y quien no

ha visto una mujer enamorada no puede decir lo que es. Esto es lo único que me consuela en mis amarguras.

—¿Y qué piensa de usted ese joven que á los ojos del mundo es su amante?—preguntó Teodoro al cabo de un momento.

—El pensamiento de un amante es un golfo tan profundo que difícilmente la sonda más larga podría encontrar el fondo. Yo he pretendido hacerlo y si acaso algo ha llegado á sacar el plomo, no han sido más que restos de deseos insaciables, de muertas ilusiones unidas á mucho cieno. En cuanto á su opinión respecto á mí, ha variado mucho. Empieza por donde otros acaban, despreciándome. Los jóvenes que tienen la imaginación viva son muy propensos á ello. El primer paso que dan representa una caída inmensa y el tránsito de su quimera á la realidad no puede hacerse sin experimentar grandes sacudidas. Me despreciaba y le divertía; hoy me aprecia y le fastidia. En los primeros días de nuestra unión no veía en mí sino el lado banal, y yo creo que la certeza de no encontrar gran resistencia entraba por mucho en su determinación. Yo no he sido para él sino un camino, no un objeto. Bajo las frescas apariencias de sus veinte años, bajo ese primer velo de la abundancia, oculta una corrupción profunda, tiene enfermo el corazón. Es un fruto que no encierra sino cenizas; en ese cuerpo joven y vigoroso se agita un alma tan vieja como Saturno, un alma infinitamente desgraciada y para la cual no hay curación posible. Puedo asegurar á

usted, que quedé aterrada al comprender las negras profundidades de aquella existencia. Sus dolores de usted y los míos no son nada comparados con los suyos. Si le hubiera querido más, le hubiera muerto. Hay algo que le atrae invenciblemente que no es de este mundo ni está en él y no tiene reposo ni de día ni de noche y como una flor encerrada en una cueva se dirige á todos lados en busca del sol que no llega hasta ella. El cree que no he advertido nada de eso porque me he prestado á todos sus caprichos aparentando que no comprendía el objeto, porque quería curarle y, al menos, que se haga la ilusión de creer que ha sido amado apasionadamente. Me inspira demasiada piedad y demasiado interés para no usar con él un acento tan tierno que le haga creer una realidad que no existe. Como artista consumada he representado mi papel, he sido melancólica, sensible y voluptuosa; he fingido inquietudes y celos, he derramado falsas lágrimas y he dejado resbalar por mis labios sonrisas tan falsas como mi llanto. De este modo cuando yo rompa el lazo que nos une le haré creer que toda la culpa ha estado de mi parte y así le evitaré el remordimiento. Y sin embargo, ¡cuánto he llorado en los momentos que él no me podía ver! En una urna de cristal he recogido alguna de estas lágrimas en el momento que iban á caer y estos serán los diamantes que presentaré al ángel que venga á recogerme para conducirme hasta Dios.

—Y que son las joyas más hermosas que puede ostentar el cuello de una mujer. Yo creo que el fa-

moso líquido que la Magdalena derramó sobre los pies de Cristo, estaba forrado por el llanto de aquellos á quienes había consolado en otro tiempo. Puede estar satisfecha porque nadie hará por usted lo que usted ha hecho por ese caballero.

—Desde luego, ya que por usted no he podido hacerlo.

—Es cierto. Pero le ruego que no pierda la esperanza. Es usted hermosa y joven, y todavía en su existencia le quedan muchas alamedas flanqueadas por árboles frondosos y cubiertas por una alfombra de flores y mansos arroyuelos, que se deslizan entre el césped ofreciéndola en la limpidez y transparencia de sus aguas, espejo donde retratar su incomparable belleza.

—Diga usted más bien, que solo encontraré procelosos torrentes en alguno de los cuales encontraré la muerte.

—Deseche usted amiga mía esas ideas siniestras que extienden sobre su nacarada frente la opaca sombra de la desesperación. Si desea usted que yo la conceda mi cariñosa solicitud, procure ser dichosa y no llore.

—Que desgracia tan grande ha sido para mí el haberle conocido,—repuso Rosa con dolorido acento.—A usted debo conocer el amor, pero el amor desdichado, es verdad; pero aún en amar sin ser amado hay cierto melancólico encanto que tal vez la generalidad no comprende; por eso he sufrido más.

—Pero los que sufren como usted y sienten sus

heridas, viven; tienen algo. Hay para ellos un astro alrededor del cual giran; un polo hacia el cual tienden con verdadero afán. Los verdaderamente desdichados son los que en su pensamiento absorben el universo entero; los que lo quieren todo y no quieren nada y que si un ángel ó un hada que súbitamente les preguntara que deseaban, no sabrían que responderle.

—Si esa hada se presentara yo si que se lo que le pediría.

—Pues es usted más feliz que yo. Se agitan en mi ser vagos deseos que se confunden en seguida y engendran otros nuevos que les absorben inmediatamente. ¡Oh! ¡si yo pudiera saber lo que quiero!... Si la idea que me persigue se destacase clara y precisa de entre las brumas que la rodean, si la estrella adversa ó favorable apareciese en mi cielo, si el resplandor que debo seguir iluminase mi obscura noche, ya fuera como fuego fatuo ya como faro bienhechor, sería dichoso. Pero vivir de este modo, dando vueltas sin cesar con los ojos tapados como esos caballos que incesantemente van dando vueltas para extraer el agua de los pozos, es horrible.

—Cuantos puntos de semejanza tiene usted con Alberto. Oyéndole, me parece que le escucho. Estoy segura que cuando usted le conozca ha de simpatizar con él. Sufre igualmente por efecto de esos anhelos sin objeto determinado. Ama, sin saber lo que ama; quisiera escalar el cielo porque la tierra le parece mezquino escabel para sentar su planta

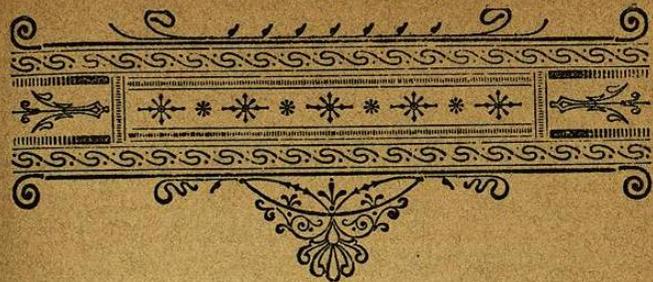
y está dominado por un orgullo superior al de Luzbel antes de su caída.

En este momento se oyó la campana del reloj del castillo que daba las once.

—¡Las once ya! — exclamó. — Querido Teodoro dispense usted si le he impedido que descansa cuando debía comprender que tenía usted necesidad de reposo. Cuando me he de separar de usted siento una opresión como si fuera la última vez que he de verle. Adiós, amigo mío; tal vez Alberto me esté buscando ya. Adiós.

Teodoro la condujo hasta la puerta donde se detuvo, siguiéndola durante algún tiempo con la vista.

Después permaneció un buen espacio como abismado en profundas reflexiones hasta que por fin se pasó la mano por la frente y se marchó á acostarse no sin haber depositado antes un beso sobre la frente del groon que seguía durmiendo.



VI

El siguiente día, Alberto se hizo anunciar en las habitaciones de Rosita, que todavía estaba en la cama.

—Que temprano amigo mío,—le dijo la joven al verle.—No acostumbras á hacerlo y bien vale esa galantería que te permita que me beses la mano.

Y sacó de entre la rica colcha de damasco guarnecida de encajes la mano más bonita y más pe-